

LA PRENSA DE PROVINCIAS

LA CARTA

DE

WASHINGTON

NUEVA ETAPA

Acaba de anunciarse, en definitiva, que el próximo día 26 se cierra una primera etapa en el capítulo de nuestras relaciones con los Estados Unidos. Los acuerdos que comenzaron en 1953 han concluido. Y se abre un paréntesis, cuya duración está ya establecida, como obligado prólogo a la apertura de la etapa siguiente.

Porque nadie piensa realmente que el no haber llegado —después de diez rondas de conversaciones— a la formulación de un nuevo acuerdo —cuando menos—, signifique que vamos a romper nuestras relaciones con Norteamérica.

JUEGO

La carta de Washington, en este complicado juego de diplomacia y estrategia, parece que estriba en no lastrar la figura política del presidente Ford, de cara a las próximas elecciones. Ford, frente a ciertas alas más o menos «liberales» y «progresistas» de su país —frente a los electores que ellas representan—, quiere aparecer libre de compromisos que puedan suponer críticas. Gerald Ford está componiendo, de cara a los votos de noviembre de 1976, la figura de un presidente sin más obligaciones exteriores que las de Israel. Los tópicos de las críticas al Régimen español siguen teniendo vigencia al otro lado del Atlántico. Y máxime en momentos como el que vivimos, proclives a todo tipo de interpretaciones y comentarios.

FORMULA

La fórmula para esta aparente «separación» de Norteamérica no pasará nunca de ser un puro trámite. Adelantamos en su día la posibilidad de «detener el reloj» hasta enero próximo, que puede confirmarse como realidad. Pero lo sustancial estriba en el hecho de que el próximo acuerdo —la próxima etapa— con el Gobierno de Washington tendrá formulaciones distintas, aunque siga inalterable en lo sustancial: el interés mutuo. Los próximos meses, mientras los norteamericanos «desmantelan» las bases —por supuesto que sin comenzar por la de Rota— y Gerald Ford procura ganarse el puesto por los caminos tradicionales, han de marcar otro tipo de conversaciones, otros planteamientos más realistas, y también más prácticos para España. Porque, hasta el momento, a cambio de una supuesta cobertura, los Estados Unidos han abusado de la generosidad española con la excusa de nuestro «sambenito» a nivel exterior, con la escasa o nula simpatía que fuera de nuestras fronteras tenía y tiene el Régimen.

Pedro Crespo, en «ABC»

—Pienso que en la Prensa de provincias se viven y se manifiestan con mayor cercanía y contundencia todas las relaciones y las tensiones sociales. El caciquismo, si existe, tiene mayor virulencia y pretende, de algún modo, hacerse presente. La Administración Central, mediante los correspondientes organismos provinciales, está también como más cerca de los periodistas. Por otra parte, sus representantes conviven con nosotros y a veces son hasta amigos, por lo que el esfuerzo por conservar la independencia ha de ser siempre grande. Las dificultades económicas se acusan aquí mucho más. La competencia con los periódicos nacionales es fuerte, teniendo en cuenta, sobre todo, que periódicos como «El Adelantado de Segovia» no tienen ningún tipo de ayudas

o de subvenciones oficiales, haciendo además todo lo posible por no comprometer su independencia, para lo que rehúye solicitar créditos bancarios. Quiero llamar la atención a la Administración de que, así las cosas, las fuentes de la auténtica información que son los periódicos de provincias corren el riesgo de desaparecer, por no poder competir con los periódicos nacionales ni con las grandes cadenas. Nuestra propia modestia y pequeñez no puede incitarle al «monstruo Estado» a devorarnos, dado que así desaparecería tal vez la mejor posibilidad de tenerlo correctamente informado, haciéndonos eco de la realidad viva, penetrante y audaz, de cuanto existe en cualquier rincón del país. La Administración deberá tomar conciencia de la riqueza potencial

que posee la Prensa de las provincias y arbitrar fórmulas para salvarla, como sea, siempre que sea honestamente y no a cambio de algo... Nuestra crítica está al servicio del mayor desarrollo del país y hacernos callar sería hacer callar la voz del país, pronunciada con el rigor, la naturalidad y la veracidad que tienen los hombres del campo de las ciudades pequeñas.

—¿Qué es o que más les interesa del periódico a los lectores de provincias?

—La información provincial y local, y en esto —pequeños David— le ganamos siempre la batalla a los grandes Goliat de la Prensa nacional. Sin información provincial tendrían que cerrar nuestros periódicos.

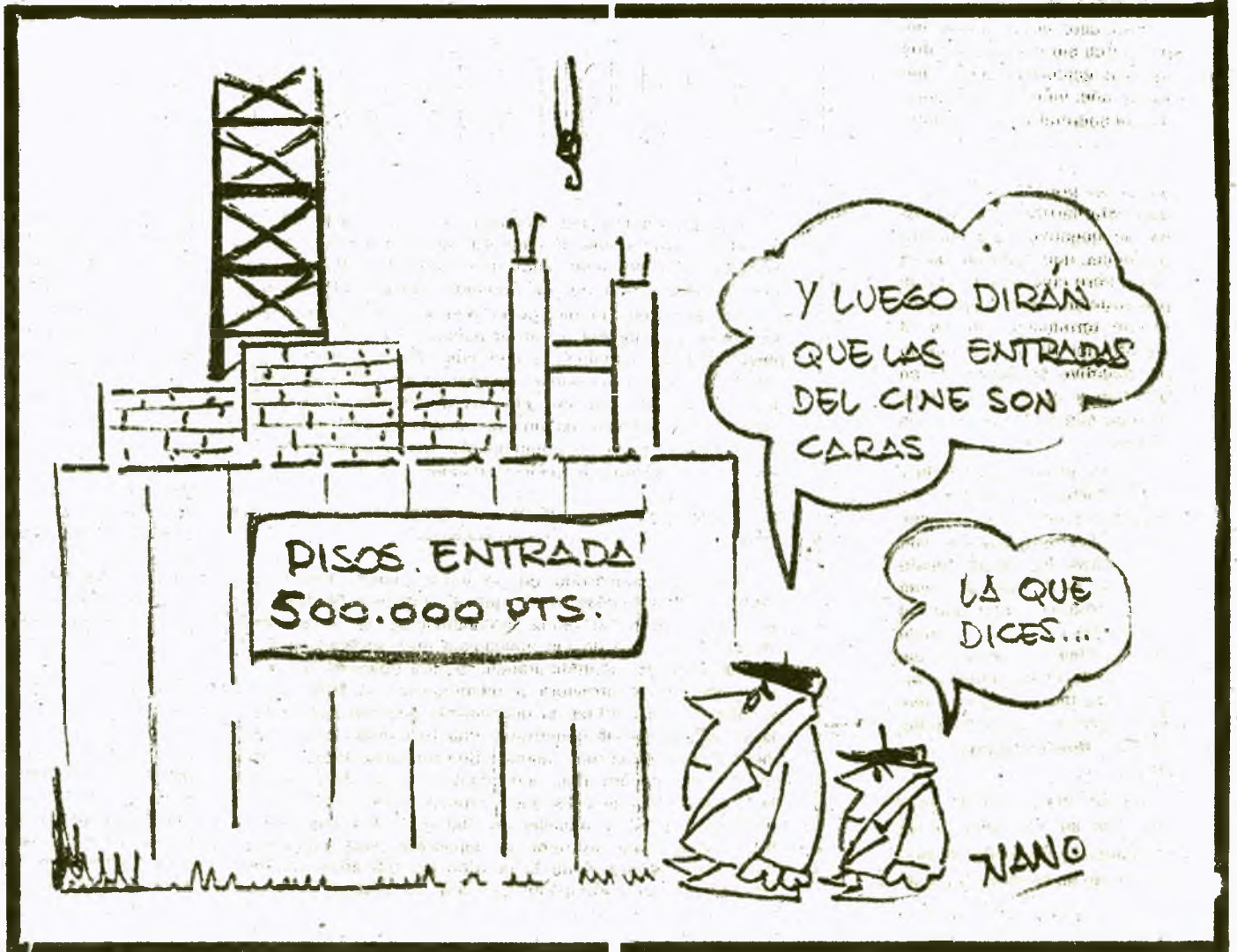
—¿Qué harías con el artículo dos de la vigente Ley de Prensa e Imprenta?

—Suprimirlo, sin más. Respetuoso con las leyes de nuestro país, creo que sus Códigos tienen resortes más que suficientes para no hacer necesario el artículo dos.

—¿Un juicio sobre la Prensa española?

—Nos ha tocado vivir el peor papel en el reparto de la apertura en nuestro país. Un papel, además, que no nos corresponde. A la Prensa sólo le compete servir de arena en la que ventilen sus asuntos los políticos, cargando, en este asunto concreto, con el «muerto» de la apertura. No obstante, y a pesar de todo, nuestra propia vocación nos insta a pechar con esta responsabilidad.

A. Vilches González, director de «El Adelantado de Segovia», entrevistado en «Pueblo»



ADIOS A EUROPA

Algún día habrá que levantar un recuerdo a la perseverancia en la persona de nuestro embajador Ullastres, y no concretamente por su asepsia política. El problema de Ullastres es que acaba de cumplir diez años en el desempeño de una de las misiones más raras de ejecutar: negociar en español con quienes no están, desde hace tiempo, por aprender este idioma.

Ahora que el asunto de las bases adquiere su dimensión más real, y que la política exterior de España se clarifica de algún modo, resultaría del mayor interés reflexionar a fondo sobre lo que estamos haciendo en Bruselas. El balance actual es, declaraciones programáticas aparte, de verdad desalentador. Después de diez años estamos como al principio. ¿Qué se está negociando? Digámoslo sin rodeos: nada. Un impagable vocabulario económico —lo de las concesiones arancelarias, adaptaciones industriales, el Foga agrario, las zonas de libre cambio, etc.— salva con su vaguedad dialéctica la honrilla de autojustificarnos. Pero es que, después de un decenio, debemos decir que ya no sir-

ve ni eso. Diez años pretendiendo obviar algunas cláusulas clarísimas del Tratado de Roma nos han conducido a un callejón sin salida, donde la política económica ha hecho ya todas las concesiones que podía hacer por nuestra parte, sin recibir nada a cambio, y la política-política ha actuado permanentemente de freno a las «reuniones de trabajo».

Por eso no debiera descartarse el plantearnos seriamente si seguir en las mismas circunstancias sirve para algo. Todas esas rondas de alto nivel, todo el romántico embalaje de los «acuerdos secretos», las viejas promesas de un acuerdo preferencial. Económicamente lo hemos damnificado de fondo. Creemos que el camino seguido de medias tintas no sirve para confiar siquiera en la modestia de un acuerdo preferencial. Económicamente lo hemos dado prácticamente todo, y Europa, encima, se aleja. La soledad de Ullastres sólo debe ser comparable al frío de Bruselas.

Julio Romasanta, en «Pueblo»